

G.K. CHESTERTON

La esfera y la cruz



Publicada en 1910, *La esfera y la cruz* es sin duda la novela de aventuras más evidente de Chesterton. Un católico y un ateo intentan batirse en duelo a muerte, cada uno por defender sus ideas. No lo consiguen, pues siempre tienen que huir de las autoridades que tratan de impedirselo, lo que al final termina por convertirlos en aliados. En su huida en busca de un lugar donde librar el duelo, una huida que se produce por tierra y mar, incluso por aire y hasta estratosféricamente (Chesterton fabula aquí deliciosamente con naves volantes que van hasta las estrellas), acabarán dirigiéndose del sur de Inglaterra a las islas del Canal de la Mancha merced a unos avatares por momentos delirantes y plenos de comicidad, y por momentos emotivos, en tanto la amistad de los dos forajidos va consolidándose precisamente a partir de sus presupuestos ideológicos contrarios.

Como el resto de las obras de Chesterton, *La esfera y la cruz* abunda en paradojas y aventuras que bordean lo insólito, hasta desembocar en una insurrección en un manicomio, desatada por el ateo y el católico, en una sucesión de cuadros tan disparatados como mordaces a través de los cuales hace Chesterton una crítica feroz de las instituciones psiquiátricas y de los médicos, así como de todo lo que convencionalmente se tiene por razonable y cuerdo.

## I. Discusión un poco en el aire

La nave voladora del profesor Lucifer silbaba atravesando las nubes como dardo de plata; su quilla, de límpido acero, fulgía en la oquedad azul oscuro de la tarde. Que la nave se hallaba a gran altura sobre la tierra es poco decir; a sus dos ocupantes les parecía estar a gran altura sobre las estrellas. El profesor mismo había inventado la máquina de volar, y casi todos los objetos de su equipo. Cada herramienta, cada aparato tenía, por tanto, la apariencia fantástica y atormentada propia de los milagros de la ciencia. Porque el mundo de la ciencia y la evolución es mucho más engañoso, innominado y de ensueño que el mundo de la poesía o la religión; pues en éste, imágenes e ideas permanecen eternamente las mismas, en tanto que la idea toda de evolución funde los seres unos con otros, como sucede en las pesadillas.

Todos los instrumentos del profesor Lucifer eran los antiguos instrumentos humanos llevados a la locura, desenvueltos en formas desconocidas, olvidados de su origen, olvidados de su nombre. Aquella cosa que parecía una llave enorme con tres ruedas, era, en realidad, un revólver, patentado, y muy mortífero. Aquel objeto que parecía hecho con dos sacacorchos enrevesados, era, en realidad, la llave. La cosa que hubiera podido confundirse con un triciclo volcado patas arriba era el instrumento, de imponderable importancia, a que servía de llave el sacacorchos. Todas estas cosas, como digo, las había inventado el profesor; había inventado todo lo que llevaba la nave voladora, con excepción acaso de su misma persona. El profesor había nacido

demasiado tarde para que pudiese descubrirla realmente, pero creía, al menos, haberla mejorado bastante.

Por lo demás, iba en aquel momento otro hombre a bordo, digámoslo así. Tampoco éste, coincidencia curiosa, lo había inventado el profesor, ni aun lo había mejorado gran cosa, aunque lo hubiese pescado sacándolo con lazo del retiro de su huerto, en la Bulgaria Occidental, con el puro designio de mejorarlo. Era hombre de extremada santidad, cubierto casi por entero de pelo blanco. Sólo podían vérselo los ojos, y se dijera que hablaba con ellos. Monje de inmenso saber y agudo entendimiento, había labrado su dicha, en una casucha de piedra y un huerto pedregoso de los Balcanes, escribiendo, más que nada, aplastantes refutaciones y comentarios de ciertas herejías, cuyos últimos doctores, abrasados los unos por los otros, en general, habían perecido mil ciento diecinueve años antes, cabalmente. Eran herejías muy plausibles y meditadas; la circunstancia de que el anciano monje hubiese sido bastante listo para descubrir su falacia, merecía estimación, y hasta gloria; lo único malo era que en el mundo moderno no había nadie capaz de entender sus argumentos. Sin embargo, el anciano monje, uno de cuyos nombres era Miguel, y el otro un nombre imposible de repetir o de recordar en nuestra civilización occidental, había, como he dicho, logrado plena felicidad mientras vivió en la ermita de la montaña, en compañía de animales silvestres. Y ahora que su destino lo subía más alto que las montañas, en compañía de un físico extravagante, también era dichoso.

—No me propongo, mi buen Miguel —dijo el profesor Lucifer—, ver de convertirte por medio de argumentos. La imbecilidad de vuestras tradiciones puede demostrarse, a fondo, a cualquiera que posea el más somero conocimiento del mundo, aquel género de conocimiento que enseña a no exponerse a las corrientes de aire y a no fomentar la amistad con gente impecune. Es locura hablar de tal o cual

demostración de la filosofía racionalista. Todas las cosas la demuestran. Rozándose con gente de todas clases...

—Con perdón de usted —dijo el monje, mansamente, bajo el cargamento de barbas blancas—, temo no haber comprendido. ¿Acaso me ha metido usted en este aparato para que pueda rozarme con gente de todas clases?

—Chistosa réplica, en el modo deductivo y mezquino de la Edad Media —repuso el profesor, con calma—. Pero aun en tu propio terreno voy a demostrar el punto. Hemos subido a los cielos. En tu religión, y en todas las religiones, que yo sepa (y lo sé todo), el cielo vale como símbolo de cuanto hay de sagrado y de misericordioso. Pues bien: ahora estás en los cielos, los conoces mejor. Llámalo como quieras, desfigúralo cuanto quieras: tú sabes que los conoces mejor. Tú sabes ahora cuál es el verdadero sentir de un hombre respecto del firmamento, cuando se encuentra solo en medio de él, rodeado por él. Tú conoces ya la verdad, y la verdad es ésta. El firmamento es malo, el cielo es malo, las estrellas son malas. Este espacio puro, esta pura cantidad aterrizan al hombre, más que los tigres o la terrible peste. Tú sabes que en cuanto nuestra ciencia ha hablado, el Universo se ha quedado sin fondo. Ahora, el cielo es cosa sin esperanza, aun más sin esperanza que cualquier infierno. Si existe algún bienestar para vuestra miserable progenie de monos enfermizos, tiene que ser en la tierra, debajo de vosotros, bajo las raíces de la yerba, donde estuvo el infierno, antiguamente. Las criptas candentes, las lóbre-gas mazmorras del mundo subterráneo, a que en otro tiempo condenaban a los malos, son horrendas de veras, pero, al menos, ofrecen mejor cobijo que el firmamento por donde viajamos. Vendrá un tiempo en que iréis todos a esconderos allá, para libaros del horror de las estrellas...

—Espero que usted me dispensará, si le interrumpo —dijo Miguel, con una tosecilla—, pero siempre he notado...

—Sigue, te lo ruego. Sigue —dijo el profesor Lucifer, radiante—. En verdad que me gusta sacar a luz tus ideas de

simple.

—Pues bien, el caso es —repuso el otro— que admirando mucho, desde un punto de vista meramente verbal, la retórica de usted y la retórica de su escuela, el corto estudio que del uno y la otra en la historia humana he podido hacer, me ha llevado a una... co... conclusión algo rara, que me cuesta gran trabajo expresar, sobre todo en lengua extranjera.

—Venga, venga —dijo el profesor, animándolo—, yo te ayudaré. ¿Qué impresión te han hecho mis ideas?

—Pues bien, la verdad es, harto conozco que no lo expreso como es debido, pero, en cierto modo, me parece que ustedes formulan ideas de ese género con la mayor elocuencia, cuando... o... cuando... o...

—¡Ea!, adelante —gritó Lucifer, furioso.

—Bueno, viniendo al grano, cuando su nave voladora está a punto de estrellarse contra algo, pensaba yo que usted no aguardaría a que yo se lo advirtiese, pero en este momento, vamos derecho a un choque.

Lucifer soltó una blasfemia, se irguió de un brinco y cargó todo su peso sobre la manivela que obraba como timón de la nave. Durante los últimos diez minutos, habían descendido velozmente por entre grandes barrancadas y cavernas de nubes. En aquel punto, a través de la niebla purpúrea, pudo verse, relativamente cerca, lo que parecía ser la parte superior de una enorme y oscura esfera u orbe, aislada en el mar de nubes. Los ojos del profesor chispearon como los de un loco.

—Es un mundo nuevo —gritó, con pavorosa risa—. Es un planeta nuevo, que llevará mi nombre. Esa estrella, y no aquella otra tan vulgar, será «Lucifer, sol de la mañana». Ahí no habrá locuras privilegiadas, no habrá dioses. Ahí el hombre será tan inocente como las margaritas, tan inocente y tan cruel; el intelecto...

—Parece —dijo Miguel tímidamente— que hay una cosa hincada en el comedio.

—Así es —dijo el profesor, inclinándose sobre un borde de la nave, brillantes sus espejuelos con el fuego de su excitación mental—. ¿Qué podrá ser? Naturalmente, no puede ser más que...

Entonces soltó de súbito un chillido indescriptible y dejó caer los brazos, como quien pierde el ánimo. El monje empuñó el timón con ademán de cansancio; no parecía muy asombrado, porque venía de una parte del mundo asaz ignorante, donde no es raro que la gente perdida de espíritu chille al ver la curiosa forma que el profesor acababa de percibir en la cima del orbe misterioso, pero empuñó el timón no más que con el tiempo preciso para, enderezándolo vigorosamente hacia la izquierda, impedía que la nave voladora se estrellase en la catedral de San Pablo.

Una nube plana, negruzca, se extendía en torno del remate de la cúpula de la catedral, de suerte que la esfera y la cruz parecían una boya anclada en un mar de plomo. Mientras la nave se deslizaba hacia ella, la planicie de nube parecía tan seca, concreta y dura como un desierto arenoso. De ahí que espíritu y cuerpo recibiesen una sensación aguda y como sobrenatural cuando la nave hendió la nube y la penetró como si fuese niebla ordinaria, materia sin resistencia. El caso fue que recibieron una sacudida pavorosa, por el hecho mismo de no haber choque. Igual que si hubiesen hendido antiguos peñascos como si fuesen de manteca. Pero otras sensaciones les aguardaban, más extrañas que la de hundirse en terreno sólido. Por un momento, ojos y narices se les obstruyeron con la oscuridad y la nube opaca; después, la oscuridad se aclaró en una especie de niebla parda. Y lejos, lejos, por debajo de ellos, la niebla parda bajaba hasta encenderse en fuego. A través de la atmósfera densa de Londres, pudieron ver, abajo, el brillo de las luces de la City; luces que trazaban cuadrados y rectángulos de fuego. Niebla y fuego se mezclaban en un vapor ardiente; podía decirse que la niebla estaba sofocando las llamas, o que las llamas habrían pegado fuego a la niebla.

Junto a la nave (que apenas si descendía del nivel de la bola) y debajo de ella, la inmensurable cúpula brotaba y se hundía en lo oscuro, con el juego de una cascada muda. O era como una ciclópea bestia marina puesta sobre Londres y largando sus tentáculos desconcertadamente por todos lados, una monstruosidad en aquel cielo sin estrellas. Porque las nubes pertenecientes a Londres se habían cerrado sobre la cabeza de los viajeros, tapando la salida del aire superior. Como si hubiesen perforado una techumbre y penetrado en el templo del crepúsculo.

Tan cerca estaban de la bola que Lucifer apoyó en ella la mano, empujando la nave hacia afuera, como se impele un bote que desatraca. Encima, la cruz ya envuelta en niebla oscura, parecía quimérica, más terrible de tamaño y forma.

El profesor Lucifer dio dos palmadas en la superficie de la gruesa bola, como si estuviera acariciando a un animal enorme. —Esta alhaja me hace muy buen juego. Es cuanto necesito— dijo.

—¿Puedo preguntar, con todo respeto —interrogó el anciano monje—, de qué está usted hablando?

—¡Cómo de qué! —gritó Lucifer, golpeando otra vez la esfera—. Esto que ves aquí es un símbolo único, amiguito. Tan orondo. Tan satisfecho. No como el ser descarnado que tiende ahí los brazos con sumo cansancio. —Y ensombrecida la faz por una mueca, apuntaba a la cruz—. Precisamente iba diciéndote, Miguel, que puedo demostrar lo principal de la tesis racionalista y el embuste cristiano valiéndome de cualquier símbolo que te plazca darme, de cualquier ejemplo con que tropecemos. Y aquí hay un ejemplo que me vale un desquite. ¿Cómo podría significarse tu filosofía y mi filosofía mejor que con la forma de esa cruz y la forma de esta bola? Este globo es razonable; la cruz es irrazonable. Es un animal de cuatro patas, con una pata más larga que las otras. El globo es inevitable. La cruz es arbitraria. Sobre todo, el globo constituye unidad en sí

mismo; la cruz está primordialmente y sobre todas las cosas en discordia consigo misma. La cruz es el conflicto de dos líneas hostiles, de dirección irreconciliable. Ese objeto silencioso que se yergue ahí, es por esencia una colisión, un crujido, una lucha en piedra. Ese vuestro símbolo sagrado ha venido en realidad a dar nombre a una situación desesperada y torpe. Cuando hablamos de hombres que a la vez se ignoran y se estorban mutuamente, decimos que tienen designios cruzados. ¡Abajo con él! Su misma forma es una contradicción manifiesta.

—Lo que usted dice es perfectamente cierto —dijo Miguel con serenidad—. Pero nos gustan las contradicciones manifiestas. El hombre es una contradicción manifiesta; es un animal cuya superioridad sobre los otros animales consiste en haber caído. Esa cruz es, como usted dice, una colisión eterna; también yo. Es una lucha en piedra. Cada forma de vida es una lucha en carne. La forma de la cruz es irracional, cabalmente como la forma del animal humano es irracional. Dice usted que la cruz es un cuadrúpedo con una extremidad más larga que todo lo demás. Yo digo que el hombre es un cuadrúpedo que usa solamente dos de sus piernas.

El profesor, cogitabundo, frunció un instante la frente, y dijo:

—Todo es relativo, naturalmente, y no voy a negar que el elemento de lucha y contradicción interna, representado por la cruz, ocupe un lugar necesario en cierto período de la evolución. Pero seguramente la cruz es el punto más bajo del desenvolvimiento y la esfera el más alto. Después de todo, es bastante fácil ver dónde está la equivocación en el plan arquitectónico de Wren.

—¿Y qué es ello, si me hace el favor? —inquirió Miguel suavemente.

—La cruz está en lo alto de la esfera —dijo sencillamente el profesor Lucifer—. Es un error, sin duda alguna. La esfera debía estar en lo alto de la cruz. La cruz no es más que

un sostén bárbaro; la esfera es la perfección. La cruz, todo lo más, es el árbol amargo de la historia del hombre; la esfera es el fruto final, pingüe y maduro. El fruto debería estar en lo alto del árbol, no al pie.

—¡Oh! —dijo el monje, marcándosele una arruga en la frente—. ¿De suerte que, según usted, en un esquema simbólico del racionalismo, la esfera estaría encima de la cruz?

—Eso resume por completo mi alegoría —dijo el profesor.

—Bien, todo eso es ciertamente muy interesante —continuó Miguel, muy despacio— porque, a juicio mío, en caso tal, vería usted el efecto más singular, efecto a que generalmente han llegado todos los sistemas potentes y hábiles que el racionalismo, o la religión de la esfera, ha producido para guía o enseñanza de la humanidad. Vería usted, creo yo, ocurrir una cosa que es siempre la última personificación y la salida lógica de ese sistema lógico.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Lucifer—. ¿Qué sucedería?

—Quiero decir que la esfera se caería —dijo el monje, mirando con avidez al vacío.

Lucifer hizo un movimiento de cólera, y abrió la boca para hablar, pero antes de que pudiese articular palabra, Miguel, con la mayor resolución, prosiguió:

—Una vez conocí a un hombre como usted, Lucifer —dijo, articulando con lentitud y monotonía desesperantes—. Opinaba también...

—No existe otro hombre como yo —gritó Lucifer con tal violencia que estremeció la nave.

—Como iba diciendo —continuó Miguel—, ese hombre opinaba también que el símbolo del cristianismo era un símbolo de barbarie y de sinrazón. Su historia es un tanto divertida. Viene a ser también una alegoría perfecta de lo que les ocurre a los racionalistas como usted. Comenzó, por supuesto, negándose a tolerar un crucifijo en su casa, ni siquiera pintado, ni pendiente del cuello de su mujer.

Decía, igual que usted, que era una forma arbitraria y fantástica, una monstruosidad, amada por ser paradójica. Después fue haciéndose cada vez más violento y excéntrico; quería derribar las cruces de los caminos, porque vivía en un país católico romano. Finalmente, en un acceso de furor trepó al campanario de la iglesia parroquial y arrancó la cruz, blandiéndola en el aire, y profiriendo atroces soliloquios, allá en lo alto, bajo las estrellas. Una tarde, todavía en verano, cuando se encaminaba a su casa por un caminito vallado, el demonio de su locura vino sobre él con violencia y demudación tan fuertes que trastruecan el mundo. Se había detenido un momento, fumando, delante de una empalizada interminable, cuando sus ojos se abrieron. Ninguna luz dardeaba, no se movía una hoja, pero él vio, como en una mutación súbita del contorno, que la empalizada era un ejército innumerable de cruces ligadas unas a otras, de la colina al valle. Enarboló el garrote y se fue sobre ellas, como sobre un ejército. Y milla tras milla, en todo el camino hasta su casa, fue rompiéndolas y derribándolas. Porque aborrecía la cruz y cada empalizada era una pared de cruces. Cuando llegó a su casa estaba completamente loco. Se dejó caer en una silla, y luego se alzó de ella, porque los travesaños del maderamen repetían la imagen insufrible. Se arrojó en una cama, lo que sirvió para recordarle que la cama, igual que todas las cosas labradas por el hombre, correspondía con el diseño maldito. Rompió los muebles, porque estaban hechos de cruces. Pegó fuego a la casa, porque estaba hecha de cruces. En el río lo encontraron.

Lucifer le miraba mordiéndose un labio.

—¿Es verdad esa historia? —preguntó.

—¡Oh, no! —dijo Miguel vivamente—. Es una parábola. Es la parábola de todos los racionalistas como usted. Empiezan ustedes rompiendo la cruz, y concluyen destrozando el mundo habitable. Les dejamos a ustedes diciendo que nadie debe ir a la iglesia contra su voluntad. Cuando los encontramos de nuevo, están ustedes diciendo que nadie

tiene la menor voluntad de ir a ella. Les dejamos a ustedes diciendo que no existe el lugar llamado Edén. Les encontramos diciendo que no existe el lugar llamado Irlanda. Parten ustedes odiando lo racional y llegan a odiarlo todo, porque todo es irracional, y...

Lucifer saltó sobre él con un grito de animal salvaje.

—¡Ah! —vociferó—. Cada loco con su tema. Tú tienes la locura de la cruz. ¡Pues ella te salve!

Y con fuerza hercúlea arrojó al monje, de espaldas, fuera de la nave sobre la parte más alta de la bola de piedra. Miguel, con no menos pronta agilidad, asió uno de los brazos de la cruz y se libró de la caída. En el mismo instante Lucifer bajó una palanca y la nave botó llevándose a él solo.

—¡Ja, ja! —aulló—. ¿Qué tal apoyo es ése, buen viejo?

—Lo que es como apoyo —replicó Miguel, hoscamente—, y valga lo que valga, es mucho más útil que la esfera. ¿Puedo saber si tiene usted intención de dejarme aquí?

—Sí, sí. Yo subo, subo —gritó el profesor, con indomable excitación—. *Altiora peto*. Mi ruta es hacia arriba.

—¿Cuántas veces me ha dicho usted, profesor, que en el espacio no hay realmente ni más alto ni más bajo? —dijo el monje—. Yo subiré tanto como usted.

—Cierto —dijo Lucifer, mirando por encima de la borda de la nave—. ¿Puedo saber qué intentas?

El monje señaló hacia abajo, hacia Ludgate Hill.

—Me dispongo —dijo— a trepar a una estrella.

Los que miran la cuestión muy superficialmente consideran que la paradoja es cosa de chanza, propia del periodismo ligero. Paradoja de esa índole contiene el dicho de un galán en cierta comedia decadente: «La vida es demasiado importante para tomarla en serio». Los que miran la cuestión con más profundidad o delicadeza, ven que la paradoja pertenece especialmente a todas las religiones. Paradoja de esta índole se contiene en tal sentencia como: «Los mansos poseerán la tierra». Pero aquellos que ven y sienten el punto fundamental de la cuestión, saben que la paradoja

no pertenece a la religión solamente, sino a todas las crisis vitales y violentas en la práctica de la existencia humana. Claramente percibirá una paradoja de este género todo el que se encuentre suspendido en medio del espacio, asido a un brazo de la Cruz de San Pablo.

El padre Miguel, a pesar de sus años, a pesar de su ascetismo (o por causa de él, a lo que entiendo) era un anciano muy robusto y dispuesto. Y mientras pendía de una barra sobre la vertiginosa oquedad de aire, comprobó, merced a la mortal inhibición inherente al seso de quien se halla en peligro, la perdurable y desesperada contradicción que implica la simple idea de valor. Era un anciano robusto y dispuesto, así es que no perdió la serenidad. Sintió lo que siente cualquier hombre en tal duro trance de terror, que el riesgo más grave sea el terror mismo; su defensa posible consistiría solamente en frialdad rayana con el descuido, descuido equivalente casi a una bravata suicida. La contingencia única de salvación consistía en no desear con demasiada desesperación salvarse. Quizás encontraría donde estribar el pie al descender la tremenda fachada, con tal que no le preocupase si tales apoyos existían o no. Si era temerario, podía salvarse; si era prudente, permanecería donde estaba, hasta desprenderse de la cruz como una piedra. Y esta antinomia, presente sin cesar en su espíritu, envolvía una contradicción tan vasta y asombrosa como la inmensa contradicción de la cruz; recordaba haber oído muchas veces estas palabras: «Quien pierda su vida la salvará». Recordaba con una especie de lástima, que siempre se había significado con eso que quien pierda su vida corporal salvaría su vida espiritual. Ahora sabía una verdad sabida de todos los púgiles, cazadores y escaladores de montañas. Sabía que incluso su vida animal solamente podría salvarse merced a una fuerte disposición para perderla.

Alguien estimará improbable que un ser humano balanceándose desesperadamente en medio del cielo, pensase en ciertas contradicciones filosóficas. Pero es peligroso

dogmatizar acerca de situaciones tan apuradas. Frecuentemente producen cierta actividad, inútil y sin alegría, del intelecto puro, divorciado el pensamiento no sólo de la esperanza, pero aun del deseo. Y si es imposible dogmatizar acerca de tales estados, es aún más imposible describirlos. Al espasmo de sensatez y claridad en el espíritu de Miguel, siguió un espasmo de terror elemental; el terror del animal que llevamos dentro, que ve en el universo entero un enemigo; y que, saliendo victorioso, se olvida de la piedad, como de la esperanza si es derrotado. De aquellos diez minutos de terror, no es posible hablar con palabra humana. De nuevo, empero, comenzó a apuntar en la odiosa oscuridad un extraño albor, gris y pulido como de plata. De esta resignación o certidumbre postrera todavía es menos posible escribir; es cosa aun más descomunal que el infierno mismo; es quizá el último de los secretos de Dios. En la más recia crisis de una congoja insufrible, cae súbitamente sobre el hombre la calma de un contentamiento insensato. No es esperanza, siempre entrecortada, romántica, y referida al porvenir; es cabal, y presente. No es fe, porque la fe, de su misma naturaleza es impetuosa, como si resumiera en uno el veto y la duda; sino que es simplemente satisfacción. No es conocimiento, porque el intelecto parece no tomar parte especial en ello. Ni es (como los idiotas modernos dirían que es) un nuevo embotamiento o una parálisis de la facultad de sufrir. No es negativo ni por asomo; es tan positivo como una buena nueva, Y en cierto sentido, verdaderamente, es una buena nueva. Parece casi como si hubiese cierta igualdad entre las cosas, un equilibrio entre las contingencias posibles, que no se nos permite conocer a menos que hayamos aprendido a ser indiferentes respecto de los males y los bienes, pero que a veces se nos muestra un instante, a modo de postrer auxilio en nuestra postrera agonía.

Ciertamente Miguel no habría podido dar cuenta racional ninguna de esa vasta satisfacción sin contenido que ca-

laba su ser y lo llenaba hasta el borde. Sintió, con una especie de lucidez menguada, que la cruz estaba allí, que la esfera estaba allí, que el cimborrio estaba allí, que él iba a gatear hacia abajo, y que no pensaba lo más mínimo si se mataría o no. Esa disposición misteriosa duró lo bastante para impulsarlo a un espantoso descenso y forzarlo a proseguir. Pero antes de que hubiese alcanzado la galería exterior más alta, el terror se abatió sobre él seis veces, como borrasca tenebrosa y tonante. Al tiempo de llegar a sitio seguro, casi sintió (como en un posible paroxismo de embriaguez) que tenía dos cabezas: una tranquila, descuidada y eficaz; otra que veía el peligro como en un mapa, y era prudente, cuidadosa e inútil. Se había imaginado que habría de dejarse caer verticalmente por el frente de todo el edificio abajo. Cuando cayó en la galería más alta, se sintió todavía tan lejos del globo terrestre, como si hubiera saltado solamente desde el sol a la luna. Se detuvo un poco, jadeante, en la galería por bajo de la esfera, y golpeando atolondradamente con los talones, anduvo unos cuantos pasos. Y andando estaba cuando un rayo le fulminó el alma. Un hombre, macizo, vulgar, de rostro indiferente y sosegado, con una especie de uniforme prosaico guarnecido de una hilera de botones, le cerró el paso. Miguel no pudo ni preguntarse si aquel hombre asombrado, de bigote negro y botones de níquel, había llegado también en una nave voladora. Sintió solamente que su espíritu flotaba en una felicidad sin límite por causa de aquel hombre. Pensaba cuán hermoso sería vivir en aquella galería para siempre, con él solo. Pensaba cuánto gozaría con los matices desconocidos del alma de aquel hombre, y en oírle, con interés incalculable, acerca de los matices desconocidos del alma de todos sus tíos y tías. Un momento antes había estado para morir solo. Ahora vivía en el mismo mundo con un hombre; inagotable delicia. En la galería por bajo de la esfera, el padre Miguel había encontrado al hombre más noble, más divino, más amable entre todos los hombres, me-